

ALMA DEL MAR

Terminale EURO-Espagnol
Lycée Augustin Fresnel, CAEN



Con los ojos cerrados, Antonia se deja envolver por la brisa matutina en la cubierta del antiguo velero familiar, el *Alma del Mar*, mientras su pelo moreno danza con el viento. Junto a sus padres y sus abuelos, emprenden un largo viaje hacia América Latina, con el objetivo de visitar y adornar las tumbas de sus antepasados que vivieron en Costa Rica. Su abuelita le contó que su familia participó en la Conquista, cuando España colonizó parte de América Latina.

Abre los ojos y se abandona a la inmensidad del mar. Los reflejos de la aurora sobre las olas le apaciguan, y piensa que esta mezcla de naranja, rosa y amarillo es la vista más hermosa del mundo. Cada mañana, desde el inicio de su viaje, hace tres días, acude a este mismo lugar para contemplar este espectáculo. Al mismo tiempo, observa los delfines moteados que, con frecuencia, escoltan al velero hasta el amanecer.

Se concentra en el murmullo de las olas y en el silbido del viento que golpea el casco del barco y, en ese instante, nace en ella el deseo de descubrir los mitos que habitan el océano Atlántico. Por eso, se dirige a la biblioteca del velero, con la esperanza de encontrar un libro mitológico. Camina sin hacer ruido, pues su familia aún duerme. Esta noche, es ella la capitana del velero para permitirles descansar. Se imagina a sí misma, Antonia García Sánchez, de diecisiete años, con los ojos verdes y la piel bronceada, como una conquistadora española, o como un pirata con un traje rojo, rumbo a Costa Rica para conocer el país. Sería la capitana y dirigiría a todos los hombres del barco con puño de hierro. Sin embargo, sabe que esto jamás podría ser cierto, ya que las mujeres, en la época de la Conquista, debían permanecer en casa y ocuparse del cuidado de los niños.

Horrorizada por ese pensamiento misógino, continúa su camino hacia la biblioteca del velero. Empuja la gran puerta de madera, en la que se puede ver grabado el símbolo de una rosa, y descubre una vasta biblioteca llena de libros antiguos.

Deambula entre las estanterías, buscando el libro perfecto sobre criaturas marinas, hojeando diferentes libros, cuando un papel cae al suelo. Antonia se agacha precipitadamente para recuperarlo y ver de qué se trata. Antes de leerlo, lo esconde con el miedo de estar haciendo algo malo, se dirige corriendo a su camarote para no ser vista y ahí, Antonia lee el tan ansiado papel: "Memorias de Catalina de Erauso, 3 de julio de 1512". Antonia pensó: "Anda, hoy es 3 de julio de 2025, ¡qué coincidencia!". Continúa leyendo este papel que explica la vida de su autora, Catalina, que está en la misma situación que su lectora. Antonia no puede creerlo, se reconoce en todas las palabras que está leyendo. Busca inmediatamente otros papeles para saber más a propósito de la vida de la misteriosa Catalina. Así, Antonia encuentra un total de 20 papeles del diario de Catalina, cuyas fechas la ayudan a ponerlos en orden. Después de una hora de búsqueda, Antonia consigue finalmente empezar a leer:

"Querido diario,

La vida en el barco era demasiado difícil, principalmente porque temía que descubrieran mi identidad. Tenía que hacerme pasar por un hombre, tener actitudes masculinas, una voz grave, una mirada juguetona, caminar de manera despreocupada a la vez que decidida. Las actividades en el barco eran agotadoras, y era bastante frecuente que me lesionara las manos con las cuerdas. Un día en particular quedó para siempre grabado en mi memoria, pero también en mi cuerpo. En efecto, mientras guardaba las armas para que estuviéramos preparados en caso de necesidad, una espada me cortó el estómago y permanecí acostada más de una semana, ya que la herida me había debilitado por completo. En consecuencia, conservo para siempre una cicatriz que atraviesa toda la anchura de mi vientre, y a veces, me dolía tanto que tenía que sufrir en silencio mientras permanecía acostada de costado para no presionar sobre mi herida. Este incidente puso en peligro mi identidad, dejándome débil y expuesta a los ojos de todos, pero logré seguir desempeñando mi papel con éxito, a pesar del dolor que complicaba mi vida. Sin embargo, los días pasaban bastante rápido, cada miembro de la tripulación estaba muy ocupado con todas las tareas que debíamos realizar. A pesar de mi débil estado, me enviaron a las cocinas para ayudar al cocinero a preparar la comida. Este nuevo puesto me llenó de alegría, porque me encantaba preparar platos para mi familia antes de irme. Esperaba que hubieran leído bien mi carta en la que les decía que me iba. Era cierto que extrañaba mucho a mi familia, pero mi sed de viajes y descubrimientos me animaba tanto que lo demás ya no importaba, o al menos importaba poco.

Los meses pasaron así, salpicados por su oleada de tormentas, accidentes, momentos de alegría compartidos con el resto de la tripulación, noches agitadas, momentos de nostalgia y de carencia, todo con el miedo constante de ser descubierta y denunciada al capitán. En resumen, todo iba bastante bien hasta el día en que una tormenta se abatió sobre el océano. Fue el comienzo de un verdadero calvario para todos nosotros, una verdadera caída al infierno. Las olas hacían que el barco se agitase tan violentamente que era prácticamente imposible mantenerse de pie y moverse por la embarcación. Algunos camaradas, llenos de desesperación, se arrojaron al mar, prefiriendo morir inmediatamente en lugar de esperar durante mucho tiempo su sentencia. Frente a la agitación reinante, decidí esconderme en una habitación más bien pequeña, sin ventanas, con el fin de salvarme el mayor tiempo posible. En este pequeño espacio, vi, a pesar de la oscuridad, grandes tablas que podían servirme como balsas si las cosas se complicaban más. Lo que no había especificado era que habíamos llegado prácticamente a nuestro destino, ya que apenas nos quedaba un día de navegación. La costa estaba cerca, pero tan lejos al mismo tiempo, sobre todo para los hombres que nadaban ciegos en la oscuridad, perdidos en la inmensidad del océano. El velero, sacudido por todas partes, comenzó a hundirse, probablemente por el impacto contra rocas,

o por haber sucumbido a la violencia de las olas. Solo quedaba yo en la parte aún intacta del barco, que pronto se hundiría. Me puse en el puente y lancé las tablas que había encontrado, después de luchar para llevarlas hasta ahí. Luego salté e intenté subir a una de las tablas, a pesar del frío glacial del océano que dificultaba mis movimientos. Después de varios minutos de esfuerzo, por fin logré elevarme, a la vez agotada y aliviada de haber escapado de una muerte inminente, ahogada en las profundidades de ese océano glacial. Caí en un sueño profundo, dejándome acurrucar por las olas ya calmadas, sucumbiendo al cansancio inmenso que me había causado este hundimiento tan repentino y tan violento. Pensaba en todos mis compañeros que habían perecido en aquella inmensidad, pero no sentía nada más que un vacío inmenso en lo más profundo de mí. Después de varias horas vagando inconsciente por el mar, un grito penetrante me despertó. Me pesaba la cabeza y mi cuerpo estaba entumecido, pero yo todavía estaba muy viva, acostada en la tabla a la que me había subido.

Me recosté y vi a lo lejos formas humanas que agitaban los brazos, seguramente para llamar mi atención. Recuperando plena conciencia de mi cuerpo y de mi espíritu, comencé a observar el paisaje que me rodeaba. el sol brillaba en el cielo, e iluminaba una larga playa de arena blanca, delimitada por un bosque tropical frondoso, con palmeras que caían en la orilla. La vegetación del bosque era tan abundante que no permitía ver lo que había más allá. El paisaje estaba lleno de colores con infinitas tonalidades de azul, verde, y amarillo mientras las olas del mar acariciaban la arena. Estaba completamente maravillada por este paisaje magnífico. Comencé a nadar para llegar a la orilla, guiada por el sonido de las olas y las aves que volaban en el cielo. Mientras me acercaba..."

Una sacudida despierta Antonia de su lectura. Mira a su alrededor y descubre a sus padres y a sus abuelos tomando el desayuno en la mesa de la cubierta. Se levanta y va a sentarse con ellos. Pone el libro y las hojas en la mesa, y lee de nuevo las notas. Antonia empieza a analizar todos los detalles que componen la historia de esta mujer llamada Catalina de Erauso.

— No es posible... ¡es increíble! - dice en voz alta.

— ¿Qué pasa, niña? - le pregunta su abuela.

— Esta noche, fui a la cubierta y al ver los delfines moteados, quise saber más sobre leyendas sobre el océano. Por eso, fui hacia la biblioteca y encontré un antiguo libro de leyendas mitológicas. Dentro había hojas sueltas, páginas de un diario. ¡Mira!

Su abuelita coge las páginas y empieza a leer.

— ¿La conocéis? - pregunta a su familia. Se llama Catalina de Erauso, y vivió en el... - toma las hojas y mira la fecha. ¡1512! Fue hace 500 años, ¿por qué están aquí?

— Es nuestra antepasada, cariño - le responde su padre. Catalina de Erauso fue la hija de un gran conquistador llamado Miguel de Erauso. Conocemos bien su historia en la familia, porque fue la primera mujer en romper las reglas. Solo los hombres fueron aceptados en los barcos de conquistadores, y ella lo hizo igualmente.

— Pero, ¿por qué nunca he oído hablar de ella? - pregunta sorprendida.

— Estábamos esperando a que crecieras, y después nos olvidamos.

— Has encontrado un tesoro, hija. ¡Estas páginas son muy importantes! ¡Cuentan toda su vida en el barco con muchos detalles! ¿Por qué nunca hemos visto esto? - le pregunta a su marido.

— Cuando estamos en el barco, no vamos mucho a la biblioteca, mi amor - responde el abuelo.

— No me lo puedo creer... ¡es mi antepasada! - dice Antonia, sin realmente creerlo.

Su padre coge los papeles, y empieza a hojearlos. De repente, levanta la cabeza, bebe un sorbo de su café, y dice:

— Niña, ¿has leído el nombre de esta mujer?

— Sí, se llama Catalina de Erauso, ¿por qué?

— No, cariño, su nombre en el barco - le responde su padre.

Antonia coge las hojas y no da crédito a lo que lee:

— ¿Qué? ¿Su nombre de hombre es Antonio? ¡Qué coincidencia!

— Hija mía... - empieza su abuelita. No es una coincidencia, es el destino. Tú eres quien debía llevar su nombre, y quien debía descubrir su diario. Todo está escrito.

Antonia, conmovida por tal revelación, reflexiona y de repente todo tiene sentido. No es una coincidencia: ambas tienen "una cicatriz que atraviesa toda la anchura de su vientre", Catalina se hirió con un arma, y Antonia se enfrentó a una cirugía cuando era niña. Además, ambas son valientes, como si estuvieran conectadas. Y el nombre... no puede ser una coincidencia... ¡se llama Antonia! ¡El pseudónimo de su antepasada!

Perdida en sus reflexiones, Antonia se levanta, y camina por la cubierta del velero el *Alma del mar*. Piensa que esto tampoco puede ser una coincidencia: si Catalina hubiera muerto en el naufragio, su cuerpo habría caído al fondo del mar, y habría dejado su alma en el mar. Se para y se apoya en la rampa, para observar los delfines moteados acompañando al barco. Se inclina y piensa: "Gracias Delfines, gracias a vosotros, descubrí una gran parte de mi vida. Ahora, voy a visitar a mis antepasados, para decirles mil veces gracias."

Antonia cierra los ojos, y se abandona a la inmensidad del mar, con el corazón tranquilo.